

Mariano Latorre

## Notas de la costa sur



El Norte constituye la conquista moderna de la raza chilena, la vigorosa expansión de una nacionalidad ya formada, el Sur, especialmente la zona geográfica conocida por los cronistas como La Frontera o la tierra, ya con un matiz más criollo, es también un alarde de vitalidad étnica, aunque más obscuro.

La Frontera es una epopeya continua, un sucederse de combates y malocas desde Pedro de Valdivia hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Allí colonia, tal como se la ha entendido en el centro de Chile casi no hubo, por lo menos desde el punto de vista cronológico, pues la guerra coexistió con la colonización misma.

El fuerte era la defensa y el ataque y al mismo tiempo, el germen de la aldea o de la ciudad futura.

Los indios comprendidos entre el Imperial y el Biobío, defendieron palmo a palmo el territorio de los conquistadores, primero y de los chilenos independientes más adelante. Y por lo mismo, la selva secular que cubría la mayor parte de la tierra no fué terreno aprovechable para la agricultura sino en los últimos años del siglo XIX, cuando el ferrocarril unió los fuertes y caseríos que los rodeaban, estabilizando la conquista y los indios, pacificados, se fijaron en reducciones.

La locomotora y el camino iban deshaciendo la espesa barrera forestal. El estruendo salvaje de las malocas, el chivateo

estridente de los jinetes mapuches lanzados al asalto, ya no se oyó entre el alto rumor de los coigües y la verde oscura esbeltez de los lingues y laureles.

Los caballos crinudos de los lanceros mapuches pacían tranquilos en los claros del bosque y sólo el guillatún que pide lluvia en las sequías o buenas cosechas en los potreros destroncados, recuerda en Quepe, Boroa o Toltén las viejas costumbres indígenas, ya casi desaparecidas.

Un período de guerra, tan largo y ensangrentado, no pudo desarrollar la vida agrícola en las verdes llanuras del río Imperial y del Toltén y lógicamente, la costa de la región, llamada Araucanía, por los cronistas, la de los poblados futamalpus indígenas, no tuvo comercio por mar sino en épocas muy recientes.

Sin embargo, el descubrimiento del litoral se remonta a los primeros tiempos de la conquista.

Don Juan Bautista Pastene, su teniente general en el mar, así lo llama Valdivia, genovés como el descubridor de América, con dos barcos, el San Pedro y el Santiaguillo, recorrió la costa de la Araucanía por deseo de Valdivia y por noticias de los indios prisioneros que hablaban de las misteriosas posesiones del indio Leochengo, al sur del Biobío.

Bastaban esos rumores mal comprendidos para despertar la curiosidad y la codicia de los conquistadores. Así procedieron siempre en América. Así Balboa descubrió el Océano Pacífico. Así Pastene penetró con la proa de su nave, un día, la barra de un gran río, llamado Ainilevu por los indios, como quien dice, interpretando sus raíces mapuches, río arremansado, lago que se mueve, que debía llevar para siempre el nombre de Valdivia.

Un suroeste de fines de invierno cogió a las naves de Pastene a la salida del río. Navegaban, hinchado el velamen, a la vista de la costa. Y sucesivamente la desembocadura del río Queule, del Toltén y del Cautén, así nombrado por los indios,

fueron abriendo sus bocas plateadas, en la negra masa boscosa del litoral, azulado de nieblas veloces.

El último de estos ríos, fué el que Valdivia bautizó, más tarde, con el nombre de Imperial, en memoria del Emperador Carlos V, según el Padre Rosales.

El marino genovés señaló, en una sola expedición, las posibilidades marítimas en la costa araucana para un futuro lejano, futuro de siglos, pues siglos duró la pacificación de la Araucanía que concentró la actividad de la guerra tierra adentro, comunicándose los colonos y soldados de los fuertes por mar sólo por los puertos de Valdivia, Calbuco y los de la costa de Chiloé, con Valparaíso y el Callao.

De un fuerte, el de Anchacaba, en la unión del Cautén con el Damas, nació la ciudad de Imperial en una zona de prodigiosa fertilidad donde vivían, según los cronistas, 300,000 indios.

País de risueño verdor, cruzado por innumerables arroyuelos, a cuyas márgenes los indios habían plantado arboledas tan geométricas que les recordaron a los conquistadores las alamedas castellanas.

*Alivenes* las llamaban los cautenes, nombre de la raza que habitaba esa región y bajo su fresca fronda se reunían para celebrar sus fiestas, especialmente las de vender sus hijas a los mancebos que las solicitaban por esposas.

La valiosa selva sureña empezaba aquí mismo. Altos robles, verdes raulíes de argentino rumor, aromados laureles y coigües de artística copa.

Hacia la costa se iba espesando el bosque, enmarañado de quilas y de colihues dorados que les servían a los indios para sus lanzas.

En los claros, las sabrosas frutillas mostraban su pezón rosado y en las ramas de los árboles centenarios cuajaban los copihues la gracia encarnada de sus pétalos.

Esta tierra casi paradisíaca produjo, sin embargo, unos

guerreros astutos y feroces, los únicos en América que ultimaron dos capitanes generales, a Valdivia en Tucapel y a Oñez de Loyola en Curalaba, cuarenta y cuatro años después.

Esta raza es la que da, caso excepcional en los pueblos primitivos, a un guerrero de la calidad de Lautaro que se apropia de la técnica guerrera de los españoles y derrota en Tucapel a Valdivia y en Mariguéño a Francisco de Villagrán.

Al sur de la punta Morguilla, el mar da la idea de haber carcomido el Continente, formando una larga hendedura, en cuyo extremo austral, en un pequeña caleta, está el puertecillo de Quidico, donde acampó el coronel Saavedra, a principios de su moderna pacificación de la Araucanía. Y más al sur, abre su boca embravecida el río Imperial, el río de la conquista y de la pacificación de la Araucanía.

En la orilla sur del río fundó en 1886 don Cornelio Saavedra el puerto que lleva su nombre. Allí mismo se estableció en la Colonia, al empezar la guerra llamada defensiva por los cronistas del siglo XVII, una misión de franciscanos.

La figura del Coronel Saavedra, en la pacificación de la Araucanía es, al mismo tiempo, hábil y pintoresca.

No quiso llegar hasta los indios como un conquistador. Los ganó poco a poco, con la risueña familiaridad de sus actos, con algo de huaso bonachón y de señor campechano. Demostró conocer a fondo las costumbres y la psicología de los mapuches.

La marcha de su ejército, por esto, mismo no tuvo dificultades desde su desembarco en Queule, en 1865.

Le acompañaba su ayudante don Gregorio Urrutia que debía seguir, después de la guerra del Perú, la misma política familiar de su jefe.

Los soldados y sus uniformes vistosos, de corte francés y sobre todo, las ruidosas bandas de músicos del tiempo, produjeron en los indios un estupor de maravilla.

En tal forma el sonoro choque de los platillos y el broncíneo estridor de las cornetas, asombraron al campo primitivo

que los animales mismos que, al principio se alejaron temerosos, se reunieron luego, como si un misterioso mandato los hubiera embrujado y se precipitaron sobre la división, obligando a la tropa a detener la marcha. No atacaron, sin embargo, sumisos, empezaron a marchar a los costados de los músicos.

Más adelante, los caciques se reunieron a una invitación hecha por el Coronel Saavedra.

De las reducciones más lejanas, de Pucón y Molco, de Toltén a Imperial acudían los jefes con sus mocetones, montados en hirsutos caballos tobianos (overos) tan apreciados por los jinetes mapuches, a causa del violento contraste, blanco y negro de su pelo.

El Coronel les habló entonces. Les dijo que venía a proteger sus tierras y sus cosechas, amenazadas por sus antiguos enemigos los españoles.

Los indios, cortésmente, le agradecieron su ayuda, pero le rogaron que saliese de la tierra, porque ellos se bastaban para defenderla.

Saavedra les advirtió (el parlamento se celebraba en la desembocadura del Toltén) que los españoles penetrarían por las bocas de los ríos.

Contestaron los caciques que eso no podía suceder, pues sus ríos estaban defendidos por grandes serpientes (aludían a las barras) que impedirían la entrada de los buques. Sabían ellos de los numerosos naufragios ocurridos en la desembocadura, bramante torbellino de olas.

Saavedra aprovechó hábilmente el instante. Había dado la orden que el Fósforo, uno de los buques que los condujeron al sur, atravesase la barra en la alta marea.

Invitó a los caciques hasta la costa. A una orden del Coronel, el barco atraviesa el blanco oleaje y felizmente penetra al río.

Uno de los caciques se adelanta entonces, y mediante un lenguaraz dirige al Coronel las siguientes palabras:

—Mira, coronel, ¿no ves este caudaloso río, estos dilatados bosques, estos tranquilos campos? Pues bien, ellos nunca han visto soldados en estos lugares. Nuestros ranchos se han envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar. Nuestros bancos los ha apolillado el curso de los años y hemos trabajado otros nuevos y tampoco vieron soldados. Nuestros abuelos no lo permitieron jamás. Ahora, ¿cómo quieres que nosotros lo permitamos? No, no, vete, coronel, con tus soldados. No nos humilles por más tiempo. pisando con ellos nuestro suelo.

No respondió Saavedra. Quizá en su viejo corazón de chileno vibraron fibras compasivas ante la nobleza humilde que respiraba este discurso, simple como la estructura de un árbol, pero como él recio e inmovible.

Y he aquí otro rasgo de su carácter. Ni siquiera contestó el discurso. Ordenó que salieran pipas del buen vino de la asoleada tierra del norte, que sonaran de nuevo las embrujadas fanfarrias y la resistencia de los indios se alejó por el momento.

Mientras tanto, se cavaban los fosos y se tejía con madera de la tierra la empalizada del fuerte que abrigaría la tropa y se delineaba el pueblo de Toltén, hijo mayor de Puerto Saavedra. Y para no romper su criollísima astucia, hecha política colonizadora, don Cornelio, al alejarse de aquellas tierras aun en estado de barbarie, les comunicó a los mapuches que el Comandante Contreras, jefe del fuerte en su ausencia era de su misma raza.

No fué la ocurrencia del agrado del Comandante. Se le escogió no porque se estuviera seguro de su origen, sino porque su color cetrino y su pelo tieso, hacían pensar en un mestizo de araucano y español.

Los indios lo rodearon, acribillándolo a preguntas. Desde luego, su lugar de nacimiento y los parientes que tenía en la tierra, Contreras contestaba con desgano, pero los indios llegaron a la conclusión de que el militar pertenecía a cierta familia indígena, uno de cuyos hijos había sido enviado al Cura de

Valdivia, el cual les aseguró que había muerto. Y con razón se dijo más tarde que la colonización del territorio de Toltén no habría tenido dificultades si el Comandante Contreras no se hubiera cansado al fin, de las peticiones y de los obsequios que le brindaban sus inesperados parientes, en todos los instantes del día.

Vegetó el pueblo recién nacido como un niño raquítico, pues la braveza de la barra impidió siempre la entrada de los buques al interior del río. Y las selvas lo aislaron del valle central.

La parte activa de la pacificación se alejó de la costa. El ejército, no sólo debía luchar contra el araucano, sino contra los bandidos, escapados de las cárceles improvisadas del sur, que se refugiaban en las reducciones y ayudaban a los indios en sus luchas y en sus correrías a las autoridades militares.

La guerra del Perú, al disminuir las guarniciones de los fuertes, dió a la pacificación, iniciada por el Coronel Saavedra, su golpe de gracia.

Los pobladores de Toltén, asustados por las frecuentes malocas de los indios, abandonaron sus casas y se refugiaron en los pueblos, recientemente fundados. Temuco, por ejemplo.

La agonía del puerto data de entonces. Hoy es sólo un villorrio de pescadores mestizos que vegetan junto a sus redes oscuras, donde suele platear el músculo ágil de las corvinas y de los robalos de aguzado hocico y ahorquillada cola.

De las casas de la antigua población (se cuenta que en los inviernos crudos los pobres sacan las tablas de puertas y ventanas) sólo quedan algunas, en torno a la iglesita, único signo de civilización en aquel rincón de Chile, azotado por lluvias y vendavales.

La leyenda florece entre los pobladores actuales, como el copihue en los gajos de robles y laureles. Aún se habla de un buque naufragado en la inhospitalaria costa. Quizá el Joven Daniel, pequeño bergantín que zarpó de Valparaíso con rumbo a Valdivia en el invierno de 1849.

Llevaba como pasajeros a varios comerciantes del sur, entre ellas don Ramón Bañados, su esposa doña Elisa Bravo y una guagua de pocos meses.

Los indios de Puancho asesinaron a los náufragos. Saquearon el vapor y aunque de Valdivia se envió tropa para rescatar a doña Elisa Bravo, una hermosa joven de esa ciudad, ni siquiera se encontró el cadáver. Según el testimonio de un indio, la dama fué enterrada en la playa, con su sirviente y un niño pequeño, su hijo seguramente, y sobre su improvisada tumba se pusieron únicamente tres piedras, de las llamadas de *cancagua* en el sur.

El asesinato de Elisa Bravo provocó en la capital una literatura fantástica (era la época romántica) y hasta un pintor, Monvoisin, francés que estaba en Chile, pintó una tela en que los araucanos parecían más bien caníbales del Africa que indios de América.

No podía faltar tampoco en la bibliografía del naufragio un artículo de Vicuña Mackenna que, en su prosa apocalíptica, imitada de Víctor Hugo, lloró en metáforas vulgares la pérdida de la hermosa doncella.

Puerto Saavedra, fundado más tarde, tuvo una vida más próspera que Toltén y fué, en realidad, el sucesor del viejo puerto de la costa de Cautín. No tuvo mejor suerte, sin embargo, en su comercio marítimo.

El Imperial como el Toltén formaban barras infranqueables. Olas alborotadas y espumosas rompían en los bancos de arena, acumulados en sus orillas.

Los vapores que la Compañía Sudamericana adquirió en esos años, de fondo plano y pequeño tonelaje especialmente contruídos para ese comercio, naufragaron, unos tras otros, en la desembocadura y el puerto quedó aislado para siempre por mar.

El ferrocarril, que, en parte, lo une con Temuco, ha convertido a Puerto Saavedra en lugar de turismo.



El paisaje que lo rodea se conserva afortunadamente como antaño. Enormes masas de selvas cubren las colinas y el lago Budi que, en las altas mareas se comunica con el mar, muy cerca de la población, atrae por la salvaje soledad de sus aguas verdinegras, teñidas con la sombra del bosque que bordea sus orillas.

Aun en sus pequeñas caletas, decoradas por totorales espesos, viven los cisnes de cuello negro, ríen los chuczos en los matorrales y la huala modula en los atardeceres su lamento bravío, melancólico como el llanto de un niño enfermo en la ruca mapuche, aun adherida a la tierra rojiza.

Más afortunado el Budi que otros lagos de Chile, un poeta, Augusto Winter, ha cantado a los últimos cisnes, ahuyentados por el hombre y las hualas en sus rincones olvidados, como otro gran artista del sur, Pablo Neruda, haciendo suya la tragedia del Imperial, canta en su canción desesperada a *ese río que anuda al mar su lamento obstinado*.

A sus orillas, como un pedazo de colina caído en las aguas, está la isla Doña Inés que recuerda el nombre de doña Inés de Córdova y Figueroa, la heroína de la defensa del Imperial y que ha hecho famosa don Isidoro Errázuriz que allí vivió algunos años.

Una casa de estilo francés se levantó entre los árboles de la isla y la barroca fantasía de don Isidoro quiso convertir un trozo húmedo de selva austral en un rincón del trópico.

Los viejos de la región recuerdan aún las carretas chirriantes que transportaban a la isla siervos, tortugas y pájaros tropicales que se murieron de tisis en los lluviosos inviernos sureños, junto con los exóticos amores del célebre orador chileno.

El mapuche no se civilizó en aquellos años. La Guerra del Pacífico (Arauco suministró aguerridos soldados para la campaña) interrumpió la cruzada doméstica del Coronel Saavedra.

En 1881 y 82, el Coronel Gregorio Urrutia, utilizando nuevamente los procedimientos políticos de su antiguo jefe, paci-

ficó la tierra e incorporó a los indónitos mapuches a la civilización.

Los fuertes se convirtieron en villas y ciudades. Así nacieron Temuco, Freire, Loncoche y las aldeas cordilleranas. Pucón, entre otros.

Las misiones de capuchinos bávaros sucedieron a los franciscanos coloniales. Se fundaron escuelas para los niños mapuches y el abecedario y el Credo fueron a modo de sierras dentadas que mellaron su rebeldía y vencieron su bravío espíritu de independencia.

Y en realidad no manifestada, misioneros protestantes, especialmente yanquis, intentan hacer del mapuche de ojos mortecinos y pómulos de bronce, un cuáquero de sabias costumbres o un fanático lector de la Biblia.

La *paz bonita*, prometida a fines del siglo por el Coronel Urrutia es ya un hecho. El indio sabe leer. Se casa en la Iglesia de la misión, quiere ser mocho del Convento y preceptor o tinterillo en el pueblo recién fundado.

A veces, un terrateniente que explota a sus hermanos; y el chamal obscuro, teñido con jugo de maqui o la vincha de ricos matices, son hoy el pantalón de montar y el sombrero de paño, comprado en un almacén de Carahue o Nueva Imperial.

Hacia el sur, la costa penetra bruscamente en el Pacífico. Es un flanco en la cordillera de la costa, carcomido por las mareas y envuelto en túnicas silenciosas de neblina o tumultuosos mantos de lluvia.

Sólo caletas olvidadas comunican el valle central con la costa. Queule y Mehuin, por ejemplo, donde viven tribus de indios pescadores que comercian con el interior, llevando, a través de estrechos senderos que cortan la selva virgen, al pescado seco, los chupones de sus playas o la miel silvestre que las abejas extraen de los muermos, los ulmos de los españoles, que manchan con la nieve de su floración, la negrura impenetrable de los bosques costeros.

En realidad, Valdivia ha absorbido a todos los puertecillos de la costa.

Desde 1544, al descubrirla Pastenc, el río de aguas azules o grises que casi se convierte en mar al contornear la Isla del Rey, el Ainilevu de los indios, tuvo una importancia esencial en la costa sur.

Bien pudo evocar el Padre Ovalle los navíos de alto bordo que llegaban a la ciudad y *sin necesidad del barco, sólo con una tabla que les arriman de tierra, embarcan por ella y desembarcan toda la carga.*

Visión edénica del río, muy propia de un chileno tan enamorado de su tierra como el Padre Ovalle, pero que el futuro ha desmentido. Quizá porque no es lo mismo una galera de cien toneladas que un vapor de cinco mil, o porque el río, al utilizarlo en la agricultura, ha disminuído su caudal y la corriente arrastra más arena de la tierra que agua de las cordilleras.

El pueblo, que llevaba en su escudo un río y una ciudad de plata, verdadera profecía de su riqueza en la segunda mitad del siglo XIX, no fué, en sus comienzos, sino una aldea miserable que, como Concepción, vivió del situado de Lima y de los socorros que le venían de Santiago. Amenaza constante de los araucanos que la destruyeron a fines del siglo XVI, amenaza de los piratas, especialmente los holandeses que venían de Chiloé e intentaron establecer allí una colonia con la ayuda de los indios de la región.

Más que el empuje guerrero de los españoles, la mala suerte venció la expedición holandesa; desde luego, la pérdida de una urca donde venía el bastimento, la cal, el ladrillo, las piezas de artillería y las municiones con que pensaban levantar fortificaciones en la isla Constantino, hoy Mancera.

Los españoles aprovecharon la experiencia. La boca del río fué fortificada. Poderosos baluartes de piedra se levantaron en la bahía, llamada Corral, por ser un rincón cerrado por montes, según el Padre Ovalle y en memoria del Oidor de

Lima don José del Corral y Calvo, según los cronistas posteriores.

Los indígenas denominaban el paraje Cuyamó o lugar de arenas.

En el siglo XIX, durante la guerra de la Independencia, en los fuertes de Corral, Niebla, Amargos y Mancera había una guarnición de 1.600 soldados con 118 piezas de artillería que audazmente tomó Lord Cochrane en el verano de 1820. encontrándose en Valdivia en menos de tres días.

No llevaron Corral y Valdivia una vida próspera en los comienzos de la República. El lejano caserío de madera siguió siendo el presidio de la época colonial. Troncos de pellín formaban sus muros, tablas de alerce sus techos y largos corredores su único alarde arquitectónico. Las cocineras hachaban de un tronco botado en la calle, al frente mismo de las casas, la leña para sus fogones.

Pero el paisaje lo ennoblecía todo. Envuelto en la trama gris de la lluvia o lleno de luz en el estío, no habla del pasado sino del porvenir. El porvenir, en el árbol verdinegro o en la tierra ya despojada de selvas, en el correr de las aguas azules, en la curva suave de las fértiles colinas. Y mientras envejece la piedra militar, rayada de líquenes o se cubren de ollín las cureñas muertas o las redondas balas de hierro, mientras el indio deja de ser una amenaza, alejado en sus reducciones, una latencia de vida no organizada vibra en el aire, aunque el aguacero agrise el horizonte y ennegrezca las aguas de los innumerales ríos.

El porvenir necesitaba otros hombres que los españoles y los criollos bebedores de mistelas que vivían en la vieja Valdivia colonial, envueltos en sus capas españolas.

El porvenir vino en un velero que desembarcó en la Isla Teja (antes Valenzuela) un grupo de hombres rubios, algo asustados de la nueva tierra en que iban a vivir y que huían del *Vaterland*, agobiado por la tiranía de Prusia.

Por razones fáciles de explicar, la vida de los colonos alemanes en el primer tiempo, fué difícil y angustiosa. No conocían el castellano ni se daban cuenta de la índole de la gente con las cuales iban a vivir. Por lo pronto, ni casas tenían para abrigarse de las lluvias. El porvenir se presentaba obscuro y no es raro que, en cartas familiares, los artesanos, carpinteros y herreros, se manifestasen arrepentidos de la aventura que los había hecho atravesar el Océano y abandonar sus hogares europeos.

Pero todo se aclara, al aparecer en la colonia don Vicente Pérez Rosales.

Pequeñito, nervioso, pleno de actividad, Pérez Rosales lleva en su naturaleza todas las buenas cualidades del chileno. Nada lo arredra, tiene fe absoluta en el porvenir de su tierra y sabe también que es preciso atropellar esa pereza criolla, acostumbrada a su vida mísera. No han vencido esos criollos la naturaleza del sur; al contrario, la lluvia y la selva los han vencido a ellos.

Los alemanes se dan cuenta inmediatamente de la diferencia que hay entre ese hombre dinámico, optimista y esos criollos astutos que miran indiferentes, envueltos en sus capas, cerradas sus caras por negras patillas.

*Alto nacido*, llama un colono en su castellano primitivo a Pérez Rosales, como quien dice hombre de noble cuna, *si todos los chilenos fuesen como usted, Valdivia sería para nosotros un verdadero Paraíso.*

Y no podía hacerse un mayor elogio de la chilenidad de Pérez Rosales.

El es quien levanta el ánimo de esos colonos, abandonados a las orillas gredosas del río Valdivia y logra, por fin, establecerlos en la Isla Teja, en las riberas del Lago Llanquihue y en el golfo Reloncaví, el Melipulli indígena, donde nació más adelante Puerto Montt, en memoria del Presidente de Chile que protegió la colonización alemana.

Y la enorme selva, llamada de Chan Chan, que cubría el territorio entre Llanquihue y Reloncaví, ardió muchos días por orden de Pérez Rosales.

Un indio huiliche, Pichi Juan, fué algo así como el espíritu de Pérez Rosales prolongado en la tierra. El incendió la selva enorme y el fuego, enfurecido y triunfante, por poco lo ahorca entre sus látigos de llamas. El hueco de un árbol centenario lo salva y la ola implacable pasa sobre él sin tocarlo. Al reanudar su camino, la lluvia había sofocado al fuego y la selva rumoreante que Pichi Juan cruzó pocos días antes era, ahora, un esqueleto blanquecino, de innumerables brazos quebrados y de ramas convertidas en cenizas.

El porvenir se aclara entonces. Don Carlos Adwanter pronuncia, al iniciar sus tareas industriales, aquellas palabras que se han hecho célebres:

«Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera, con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses».

Los alemanes le dieron rápidamente una fisonomía europea a la ciudad. Las casonas de madera, de caídos tejados ennegrecidos por la lluvia, se trocaron en casas modernas de risueña arquitectura, donde enredaderas y flores decoraron ventanas y jardines.

El humo gris de las cocinas fué la ágil humareda de la fábrica; el abigarrado almacén colonial, la tienda moderna, llena de luz y de actividad comercial.

El alemán tesonero y activo, transformó la aldea de la colonia en una activa ciudad industrial.

Fábricas de calzado, de cerveza, de cecinas, astilleros modernos, donde se han construído veleros y vapores y se fabrican hoy vagones de ferrocarril, y en las colinas y valles que cu-

bría la selva, ondea el mar de oro de los trigales, y los vacunos seleccionados pastan en las praderas tapizadas de alfalfa.

Pitazos de vapores, que remolcan pontones cargados de productos, silbar de fábricas en actividad, ajetreo de obreros y empleados en las limpias calles, antes ríos de barro gredoso, ¿quién conocería hoy a la Valdivia que describió Pérez Rosales?

En la selva que Pichi Juan quemó hace cerca de un siglo, en esa esponja saturada de agua, según la expresión de Darwin, la granja alemana, con su techo rojo, su manzanar limpio y cuidado como si fuera de juguete, y su establo moderno, habla de un mundo nuevo y de una nueva raza, diversa del indio esquivo y del criollo perezoso.

Rubias muchachas ordeñan las vacas de suave pelaje. Sus manos moldean la mantequilla dorada, o desprenden la roja esfera de la reineta de los manzanos, pesados de fruta.

Pero con ser considerable la influencia de los colonos alemanes, muchos de ellos de cultura superior, como don Carlos Adwanter, don Francisco Fonck y don Rodolfo A. Philippi en la transformación de Valdivia, es mucho más meritoria la obra de los inmigrantes en el golfo de Reloncaví.

Valdivia, aunque pobre y abandonada, era una población ya establecida. Puerto Montt sólo era un lugar de tránsito, un conjunto de casuchas de madera, donde se alojaban los calbucanos y chilotes que venían en busca del alerce, la moneda tabla de Pérez Rosales, a causa de que la plata o el oro amonedado no se conocían en el sur de Chile y los pobladores de la región pagaban su ropa, el azúcar o la yerba con tablas de alerce a los tenderos de Calbuco.

Pueblo nacido entre el fango y la selva, comenta Pérez Rosales, cuya prosperidad actual es hija exclusiva de los colonos alemanes.

No se arredró el colono con la crudeza del clima ni con la insidia del criollo que disputó al alemán el terreno en que éste

levantó su casa, con toda clase de medios, incluso el de compras fuleras a los indios; pero allí se instaló Pérez Rosales a defenderlos y a defender su obra colonizadora.

De su propio bolsillo compró el *asiento del futuro pueblo y sus más inmediatos contornos* (son sus palabras), usando, hábil estrategia del incansable luchador, las mismas artimañas de los nativos: títulos falsos y compras simuladas a los indios de la región.

Cierto que la majestuosa selva desapareció para convertirse en tierra productiva. Los esbeltos alerces, cuyas raíces bebaba la pleamar, fueron despojados de su madera y de su corteza para construir casas y calafatear barcos.

Cierto que la sierra mecánica reemplazó a la pintoresca industria colonial, la corta de tablas de alerce, hechas a pulso, con hacha y cuñas, todas pequeñas, para que pudieran ser trasladadas a hombro por los senderos, apenas trazados en el corazón de la selva.

Vida heroica la del tablero o alercero que hizo del chilote, indio puro o mestizo, un hombre de pasmosa agilidad y resistencia.

Durante siglos (se sabe que a fines del siglo XVI se explotaba ya el alerce para llevarlo al norte de Chile y al Perú) estos isleños, los de Guar en el canal de Chacao y los de las islas del Archipiélago, recorrían las veredas estrechas y resbalosas (camino de *cuicuyes*, según los huiliches) con su carga de tablas al hombro, a grandes saltos simiescos, al descender las empinadas cuestas hasta la orilla del golfo o de los ríos.

Los alerzales no tienen, quizá, la soledad majestuosa de las araucarias cordilleranas o de los palmares de la costa central, que no admiten árbol alguno en sus cercanías y crecen en grupos.

Los alerces aparecen en manchas y mezclados con otros árboles, pero es tal su tamaño que los robles o coigües que crecen junto a ellos semejan arbustos.



Sus blanquecinas columnas dan a la cordillera un carácter peculiar. Al principio, se piensa en árboles calcinados por las nevazones, pero bajo su corteza áspera rojea húmeda, veteadas de elegantes nervaduras, la carne aromática del alerce y la estopa incorruptible que aun emplean los chilotos para calafatear los cascos de sus falces y goletas.

Se le ha explotado mucho hasta muy entrado el siglo XIX, pero subsisten en las abruptas cordilleras, frente a la isla de Chiloé y en la costa de Cucao, al occidente de la Isla Grande, donde aun el chilote ágil la sigue transportando a hombro desde el seno de la selva.

Puerto Montt, la capital del sur, ha llegado a ser la zona de atracción de las numerosas islas habitadas del archipiélago de Chiloé y del moderno Aysen.

La masa popular del puerto la siguen constituyendo los chilotos emigrados del continente, como los alemanes chilenizados son los dueños del comercio y de los campos que lo rodean.

En la calma lacustre de Angelmó, que Tenglo protege de los surazos, aun vienen a vararse los barquichuelos chilotos que expenden diariamente, como en una feria libre, los productos de las islas cercanas. Verduras y mariscos, piures de rojas lenguas, reconfortantes picos, machas doradas, corvinas de mallas argentadas y congrios viscosos y atigrados.

Tendidos de costado, semejan los barcos, animales vencidos por el cansancio, y las chilotas de pintarrajeadas polleras y los graves chilotos de poncho, ofrecen su mercancía con ese hablar ceceante que recuerda la pronunciación de los hispanoamericanos del trópico.

Junto a las parchadas velas que en los días lluviosos sirven de toldo a los chilotos en su comercio, pasan los remolcadores y vienen a fondear los vapores que hacen la navegación de los canales y los transatlánticos que, atravesando el canal de Cucao, han hecho de Puerto Montt una de sus escalas obligadas.

Si Puerto Montt, unido por medio del ferrocarril con el

entre de Chile, entró ya a la época moderna. Calbuco, Carelmapu y Maullín aun continúan alejados de la vida de la República.

Conservan sí, sus lazos comerciales con los puertos de los canales, evocando el viejo comercio colonial con Chiloé y con los puertos de la costa chilena y del Perú.

Puerto Montt, más reciente, ha sobrepasado al viejo Calbuco que data del siglo XVII. Los fugitivos de la destruida Osorno, al fundarla en el extremo de una isla del canal de Chacao, debieron sentir una emoción semejante a la de Ercilla, que se imaginó haber descubierto el extremo de la América del Sur. Error desvirtuado después por Moraleda.

A Chile, para su fortuna, le entregaba la naturaleza las islas de Chiloé, las Guaytecas y Chonos, los estuarios maravillosos de la costa cordillerana hasta el estrecho, último canal de la tierra.

San Miguel de Calbuco, de acuerdo con la devoción reverente de los conquistadores, fué hermano de San Antonio de Carelmapu, más cerca de la costa. La capilla de madera en el centro de la aldea. San Miguel y San Antonio, los encargados de velar por el futuro de los pueblos que reflejaban sus casas toscas en el espejo azul del canal de Chacao, como tan eufónicamente lo expresa el nombre indígena: *Calbuco*, de *calbu*, azul y *co*, agua.

La isla Caicayen, donde está la población, era un prodigioso banco de choros, ostras, machas, quelmahues y, sobre todo, de centollas, esa aristocrática langosta de los mares del sur.

Más adelante, los mismos colonos establecidos en Puerto Montt debían explotar la riqueza marítima de la costa, estableciendo las fábricas de conservas que constituyen la vida actual del puerto de Calbuco.

Las arremansadas caletas cercanas a Calbuco recuerdan, por el perfil del paisaje, a Chiloé: colina boscosa, ladera fértil y canal tranquilo, vivero de mariscos, sobre todo de centollas.

Los chilotes, mujeres y hombres, especie de anfibios de cobriza piel, las pescan en la época del celo con sus largas fis-cas o con un canasto, donde han puesto una hembra que luego atrae a los machos. No hay sino levantar el chorreante ca-nasto para cogerlas con la mano.

La carne de nieve de la centolla, de un suave sabor, se la disputan hombres y lobos marinos, pero los lobos de ancha boca lustrosa no tienen los mismos medios para conseguirlas.

Si el hombre engaña a los machos por medio del señuelo de la hembra o las pesca con los dientes de la fisca, el lobo las coge con su hocico bigotudo y las estrella contra las rocas para sorber la substanciosa pulpa.

La centolla, generosa, no sólo regala al hombre con las delicadas fibras de su carne, sino que su caparazón vacía le sirvió de barómetro a los antiguos calbucanos, pues la coraza tiene la particularidad de ser sensible al frío y al calor. Enro-jece como un cielo de estío en el buen tiempo y se nubla co-mo un día lluvioso en los temporales.

No es extraño, por eso, verlas en las casas, a guisa de barómetro, con sus largas patas de arácnido y su caparazón, erizada de puntas coriáceas.

¿Y Carelmapu? ¿San Antonio de Carelmapu?

En mis largas peregrinaciones por la tierra chilena dos veces he puesto mis pies en la arenosa costa, llena de quis-cales ásperos y de duros calafates. Una, por mi propia vo-luntad.

Desde Puerto Montt me dirigí a la costa. A orillas del río Maullín me embarqué en un bote a vapor. Bosques espesos llegaban hasta la orilla misma del río. Pequeñas casas cuadra-das, como en Chiloé se destacaban a corta distancia de las aguas. Desembarcamos en el muelle de Maullín, sobre el río. La aldea empezaba allí mismo, limpia y pintoresca. Sólidas casas, aun de estilo español, daban al poblacho una auténtica expresión de Chile, de Chile colonial. La iglesia, a pesar de su

porche presuntuoso, era amable, con su torrecilla primitiva y su vieja campana obscura.

No erraría si dijera que la aldea de Maullín es uno de los más risueños caseríos que he visto en mi tierra. No tiene el aspecto sucio de las aldeas del valle central, ni la simetría de las calles chilenas de origen germánico, ni el carácter de campamento de los villorrios de Chiloé. Es la aldea española cuidada y alegre. Lo colonial la favorece en su carácter moderno.

Era una tarde de febrero, tarde clara, casi calurosa. Fui a Carelmapu en el día de Nuestra Señora de la Candelaria.

Las redondas colinas cubríanlas los quiscales, con sus manojos de espadas espinudas. Y de improviso, como un cinturón azul, entre orillas terrosas, surgió Chacao. Una muchedumbre bulliciosa ennegrecía las márgenes del canal. Eran las gentes de las islas que venían en peregrinación a Carelmapu. Los mástiles embanderados de sus embarcaciones fingían ser arañas gigantes en el fondo claro del aire. En la playa humeaban los curantos, evocando ancestrales costumbres isleñas y el olor de los mariscos que soltaban sus jugos, se mezclaba con el olor del incienso y de la pólvora que un mocho, de hábito franciscano, disparaba cada cierto tiempo con una vieja escopeta de baqueta.

Vomitaba la iglesia, iluminada en pleno día, a los fieles que venían a dejar sus ofrendas a la Virgen, y en tenduchos improvisados se vendía cerveza o vasos de aguardiente, del *correlativo* como decían los chilotes.

Y así la tarde destiñó colores y ennegreció el paisaje. Resonó, de pronto, un estampido de cañón como si del fondo del mar resucitara el corsario Brower, muerto en Carelmapu en el siglo XVII.

Hombres y mujeres abandonaron la aldea en dirección a la playa. Gritones y torpes se embarcaban en los botes, los arrastraban hacia el mar. Pesadamente se abrían las velas y al recibir el viento se inclinaban con su ebrio cargamento humano

casi hasta zozobrar. Cubrieron luego el espejo ya algo obscuro del canal. Soplabá del mar un viento frío, que hinchaba las velas y escalofriaba las aguas. Daba la impresión, a veces, que dos botes iban a chocar, pero una hábil maniobra alejaba el peligro y entre regueros espumosos una de las embarcaciones pasaba adelante.

Iban los peregrinos hasta sus islas, rayas azules en el horizonte. Supe después de naufragios y de muertes.

La segunda vez pisé la playa dorada obligadamente. Entrábamos una tarde de enero al Canal de Chacao en el vapor Valdivia. Doblebase el duro paisaje ante el frío surazo. Estas costas ásperas y aquellos espolones borrosos de las islas de Chiloé eran como su campo habitual. Venía del polo, las alas escarchadas. Aullaba sin término, como un lobo marino, ante el vendaval desatado. El cielo era de un gris de acero. El rastrillo del sur había deshecho nubes y neblinas y disuelto el oro suave del sol austral. Tiritaba de frío en lo alto del cielo y los arbolillos costeños, aplastados por su helado visitante, golpeaban el suelo como peregrinos arrepentidos. Las gaviotas y pardelas que se aventuraban a dejar sus escondrijos de piedra eran pedazos de papel en el incoloro torbellino del sur. Sólo los lobos marinos, húmedos pedazos de piedra viva, no se inmutaban en sus rocas, eternamente bañadas de espuma.

De improviso, el vapor se detuvo. La hélice dejó de funcionar. La quilla se había pegado en un banco de arena. Estábamos frente a Carelmapu. Se divisaba la iglesia, a través de la helada cortina del surazo.

Mientras llegaban los remolcadores, pues el vapor no pudo zafarse por sí solo, bajamos a tierra.

Bien diverso era San Antonio de Carelmapu en este día de violento sur. No se veía un alma en sus calles disparejas. Ví a una vieja vestida de luto que fumaba tras la ventanilla de su casa. El pueblo entero se había trasladado a unos lavaderos de oro que se explotaban en las cercanías, en la boca

de un estero. Quizá el mismo que lavaron los fugitivos de Osorno y atrajo a los piratas holandeses, a Cordes y Juan el Negro. Hasta la iglesia, repleta de romeros en la Candelaria, crujía entera como un barco ante el azote del sur.

En la playa, sólo un bote enterrado en la arena, denotaba al hombre. Y como una aparición, una bella muchacha de ojos azules—recordé de nuevo a los piratas—nos ofreció sonriendo chupones, aguzados como flechas y una sarta de rojos piures.

Tres días más tarde volvimos en un vapor hacia Valdivia. Vi esta vez un nuevo aspecto de la zona austral. Soplaban un norte huracanado. Grandes olas, de las llamadas bobas en el lenguaje marino, movían la pesada masa plomiza de las aguas. No se veía la costa. La cortina blanca de la niebla envolvía las orillas y las islas lejanas. Ni pájaros ni lobos marinos. Todo lo amortajaba la densidad del día tormentoso, invierno gris en medio del verano. Así es el Sur.